

TEATRO

Monjas en el infierno

Inusitadamente, Eduardo Manet estrena en Madrid. Desconocido de los aficionados españoles, el cubano afincado en París desde hace veinte años es un autor apreciado mundialmente. Es bueno que el teatro español quiera recuperar el tiempo prohibido. Pero si «Las monjas» es la obra más conocida de su autor, también es verdad que resultaría mucho más interesante ver las últimas producciones de Eduardo Manet, como su «Don Juan», que muestra su última evolución dramática.

Tras de las tardías representaciones de «Las Criadas», «Huis Clos», «La noche de los asesinos» y de las revisiones de «La casa de Bernarda Alba» y «El adefesio», la espléndida obra de Eduardo Manet se resiente porque reconstruye un climax significativamente reiterado en nuestros escenarios: la opresión del encierro.

Inscrita en la más pura tradición francesa del teatro ritual que configuraron Arthaud y Ghelderode —con distintos procedimientos, pero intuiciones similares—, «Las monjas» deben mucho a Genet. No alcanzan las profundidades del alma que «Las criadas» nos mostraron en carne viva, pero el barroco ritual de las religiosas adquiere una brillantez escénica incomparable y estremece por su sagrada violencia.

La obra es tan perfecta y el lenguaje teatral de una belleza tan grande, que casi se puede perdonar la total ausencia de pecado en las monjas manetianas. Son monjas pero podrían ser bomberos. Sin culpa, sin sentido de transgresión, sin la presencia de todos los demonios que acechan en el paraíso artificial de los místicos, los crímenes pierden su sentido sagrado. Estas

monjas profanas de Manet evocan el teatro cruel de Valle-Inclán, que habría hecho de este drama, con la fuerza de su arte, una obra sacrílegamente irresistible.

Buen trabajo

El trabajo de los actores es desusadamente superior. Paca Ojea sobresale en una interpretación donde las cualidades como actriz se conjugan con una inteligente concepción del personaje. La escena se ilumina con su presencia. Antonio Corencia, también un buen actor, ha realizado un montaje ejemplar: subraya hasta el máximo los significados del texto y compensa con su sentido ritual de la composición los lapsus sagrados de este autor cubano, pagano y libertario.

JOSE CARLOS AREVALO



ASI VIO EL «AFFAIRE» EL MEJICANO ALBERTO ISAAC